

INSTRUCCIÓN PARA TOMAR LAS ARMAS*

Auguste Blanqui

Una insurrección parisina que siga los viejos procedimientos no tiene hoy ninguna posibilidad de éxito.

En 1830, el movimiento popular pudo ser suficiente para echar por tierra un poder sorprendido y aterrorizado por una toma de armas, acontecimiento inocente que estaba a miles de leguas de sus previsiones.

Esto fue bueno una vez. La lección ha beneficiado al gobierno, que siguió siendo monárquico y contrarrevolucionario, aunque salido de una revolución. Se abocó a estudiar la guerra en las calles y enseguida retomó la natural superioridad del arte y de la disciplina sobre la inexperiencia y la confusión.

No obstante, se dirá, en 1848 el pueblo venció con los métodos de 1830. Sea, pero que no haya ilusiones: la victoria de febrero no fue otra cosa que una carambola. Si Louis-Philippe se hubiera defendido seriamente, a los uniformes les hubiera sobrado fuerza.

Y como prueba están las jornadas de junio. Allí pudo comprobarse qué funesta es la táctica, o más bien la ausencia de táctica, de la insurrección. Jamás había tenido la partida tan a favor: diez chances contra una.

Por un lado, el gobierno en plena anarquía, las tropas desmoralizadas; por la otra, todos los trabajadores de pie y casi seguros del éxito. ¿Cómo sucumbieron? Por falta de organización. Para comprender su derrota, es suficiente con analizar su estrategia.

* Primera parte de un estudio redactado en 1868, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional. Tomado de August Blanqui, *Textes choisis*, prefacio y notas de V. P. Volguine, Éditions sociales, Paris, 1971, pp. 214-220.

La sublevación estalla. De inmediato, en los barrios obreros, se levantan barricadas aquí y allá, a la aventura, en una multitud de lugares.

Cinco, diez, veinte, treinta, cincuenta hombres reclutados al azar, la mayoría sin armas, comienza a dar vuelta los carruajes. Recogen y amontonan piedras para cortar la vía pública, unas veces en mitad de las calles, otras veces en la intersección. Muchos de esos montículos apenas son un obstáculo para la caballería. A veces, después de un grosero esbozo de fortificación, sus constructores la abandonan para ir a buscar fusiles y municiones.

En junio, pudieron contarse más de seiscientas barricadas. Sólo una treintena de ellas, a lo sumo, hizo todo el gasto de la batalla. Las otras no tiraron ni un tiro. De allí esos gloriosos boletines que cuentan con tanto estrépito el levantamiento de cincuenta barricadas donde no había ni un alma.

Mientras se saca así el empedrado de las calles, otras pequeñas bandas corren aquí y allá, desarman los cuerpos de guardia tomando pólvora y armas de los arcabuseros. Todo esto se realiza sin concierto ni dirección, siguiendo la fantasía individual.

Poco a poco, sin embargo, un cierto número de barricadas, más altas, más fuertes, mejor construidas, atraen a los defensores que se concentran allí. No es el cálculo sino el azar lo que determina el emplazamiento de esas fortificaciones principales; sólo algunas, por una suerte de usurpación militar, ocupan las grandes desembocaduras.

Durante este primer período de la insurrección, las tropas, por su parte, se reúnen. Los generales reciben y estudian los informes de la policía. Se cuidan bien de mandar a la aventura sus destacamentos, sin datos ciertos, corriendo el riesgo de un revés que desmoralizaría a los soldados. A partir de que conocen las posiciones de los insurrectos, agrupan los regimientos en diversos puntos que constituirán de ahora en más la base de operaciones.

Los ejércitos se presentan. Aquí se muestra al desnudo el vicio de la táctica popular -causa cierta de los desastres.

Ninguna orden general que venga de alguna parte; tampoco concierto alguno entre los combatientes. Cada barricada tiene su grupo particular,

más o menos numeroso pero siempre aislado. Está formado por diez hombres o por cien, carece de comunicación con los otros puestos. Con frecuencia, no hay siquiera un jefe para dirigir la defensa, y si llega a haber alguno, su influencia es casi nula. Los soldados hacen lo que les viene en mente. Uno se va, otro llega; permanecen, se van, vuelven, siguiendo su placer. A la noche se van a acostar.

Como consecuencia de esas constantes idas y vueltas, se ve que el número de ciudadanos varía rápidamente a un tercio, a la mitad, a las tres cuartas partes. Nadie puede contar con nadie. Pronto surgen la desconfianza respecto al éxito y el desaliento.

De lo que sucede en otra parte no se sabe nada y tampoco preocupa. Los rumores circulan, unas veces negros, otras veces rosa. Se oye apaciblemente el cañón y la descarga de fusiles, bebiendo en mostrador de los vendedores de vino. Ni siquiera surge la idea de llevar ayuda a las posiciones atacadas. "Que cada uno defienda su puesto y todo irá bien", dicen los más fuertes. Ese razonamiento singular hace que la mayoría de los insurrectos luchen en sus propios barrios; error capital que tiene consecuencias desastrosas -entre otras la denuncia de los vecinos después de la derrota.

Porque, con un sistema semejante, no puede haber sino derrota. Llega finalmente bajo la forma de dos o tres regimientos que caen sobre la barricada y aplastan a los defensores. Toda la batalla no es más que una repetición monótona de esta invariable maniobra. Mientras los insurrectos fuman sus pipas detrás de su montículo de adoquines, el enemigo desata sucesivamente todas sus fuerzas sobre un punto, después sobre un segundo, un tercero, un cuarto, etc., y extermina así la insurrección.

El pueblo no toma la precaución de contrariar esta agradable tarea. Cada grupo espera filosóficamente su turno y no osaría ir en ayuda de su vecino. ¡No! "Defiende su puesto, no es necesario abandonar el puesto".

Y así se perece por absurdo.

Cuando, a consecuencia de un error tan grave, la gran revuelta parisiense del 48 fue quebrada como vidrio por el más lastimoso de los gobiernos, ¿qué catástrofes no habría que temer si se repite la misma estupidez frente a un militarismo salvaje que tiene ahora a su servicio conquistas

formidables de la ciencia y el arte, los caminos de hierro, el telégrafo eléctrico, los cañones rayados, el fusil Chassepot?

Por ejemplo, lo que es necesario borrar del número de las nuevas ventajas con que cuenta el enemigo, son las vías estratégicas que surcan ahora la ciudad en todos los sentidos. Se las teme, sin razón. No hay de qué inquietarse. Lejos de haber creado un peligro más para la insurrección, como suele imaginarse, ofrecen al contrario una mezcla de inconvenientes y ventajas para ambas partes. Si bien la tropa circula por ella con mayor facilidad, está más expuesta a ser descubierta.

Ciertas calles son impracticables bajo la descarga de fusiles. Por otra parte, los balcones, bastiones en miniatura, proporcionan fuegos desde el costado que no son posibles en absoluto desde las ventanas ordinarias. En fin, esas largas avenidas en línea recta merecen perfectamente el nombre de bulevares, como se las ha bautizado. Son, en efecto, verdaderos baluartes (*boulevards*) que forman frentes naturales de defensa de una fuerza muy grande.

El arma por excelencia en la guerra callejera es el fusil. El cañón hace más ruido que otra cosa. La artillería no podría actuar seriamente más que por el incendio. Pero una atrocidad semejante, usada en gran escala y como sistema, se volvería pronto contra sus autores y ocasionaría su ruina.

La granada, que se ha tomado el mal hábito de llamar *bomba*, es un medio secundario, por lo demás sujeto a cantidad de inconvenientes. Consume mucha pólvora para poco efecto, es de un manejo muy peligroso, no tiene ningún alcance y sólo puede actuar desde las ventanas. Las piedras producen casi el mismo daño y a un costo más bajo. Los obreros no tienen dinero que perder.

Para el interior de las casas, es el revolver, luego el arma blanca, bayoneta, espada, sable y puñal. En un abordaje, la pica o la alabarda de ocho pies triunfan sobre la bayoneta.

El ejército sólo tiene sobre el pueblo dos grandes ventajas, el fusil Chassepot y la organización. Sobre todo esta última es inmensa, irresistible. Felizmente, es posible arrebatarla y, en ese caso, su poder pasa del lado de la insurrección.

En las luchas civiles, salvo raras excepciones los soldados marchan con repugnancia, por obligación y por el alcohol. Quisieran estar en otra parte y miran más hacia atrás que hacia adelante. Pero una mano de hierro los retiene. Esclavos y víctimas de una disciplina impiadosa, sin afectación por el poder, sólo obedecen por miedo y son incapaces de la menor iniciativa. Un destacamento interceptado es un destacamento perdido. Los jefes, que no lo ignoran, se preocupan ante todo por mantener las comunicaciones entre todos los cuerpos. Esta necesidad anula una parte de su efectividad.

En los rangos populares no hay nada semejante. Allí se combate por una idea. Superiores al adversario por su entrega, lo son aún más por su inteligencia. La llevan en ellos, en el orden moral e incluso físico, por la convicción, el vigor, la fertilidad de recursos, la vitalidad del cuerpo y del espíritu. Cuentan con su cabeza y con su corazón. Ninguna tropa del mundo iguala a estos hombres de élite.

¿Qué les falta entonces para vencer? Les falta la unidad y el conjunto que, haciéndolos concurrir al mismo objetivo, fecundan todas esas cualidades que el aislamiento afecta de impotencia. Les falta la organización. Sin ella, ninguna chance. La organización es la victoria; la dispersión es la muerte.

Junio del 48 ha puesto esta verdad fuera de toda duda. ¿Qué ocurriría hoy? Con los viejos procedimientos el pueblo entero sucumbiría si la tropa quisiera mantenerse -y se mantendrá en la medida en que vea delante suyo sólo fuerzas irregulares y sin dirección. Al contrario, el aspecto de un ejército popular bien ordenado, maniobrando según las reglas de la táctica, llenará a los soldados de estupor y hará caer su resistencia.

Una organización militar, sobre todo cuando es necesario improvisarla sobre el campo de batalla, no es un asunto menor para nuestro partido. Implica un comando en jefe y, hasta cierto punto, la serie habitual de oficiales de todo grado. ¿Dónde tomar ese personal? Los burgueses revolucionarios y socialistas son raros, y los pocos que hay sólo hacen la guerra con la pluma. Esos señores subvierten el mundo con sus libros y periódicos, y después de diez y seis años embadurnan el papel por pérdida de la vista, sin fatigarse de sus deberes. Sufren con una paciencia equi-

na el freno, la montura, el látigo, sin ser capaces de dar coces. ¡Fuera pues! ¿Devolver los golpes? Es bueno para los rústicos.

Estos héroes de escritorio profesan por la espada el mismo desdén que el guerrero por sus circunloquios. No parecen siquiera sospechar que la fuerza es la única garantía de la libertad, que es esclavo un país donde los ciudadanos ignoran el oficio de las armas y abandonan ese privilegio a una casta o a una corporación.

En las repúblicas de la Antigüedad, entre los griegos y los romanos, todo el mundo sabía y practicaba el arte de la guerra. El militar de profesión era una especie desconocida. Cicerón era general, César abogado. Dejando la toga por el uniforme, cualquiera era coronel o capitán. Mientras no suceda lo mismo en Francia, seguiremos siendo civiles ensartados por quienes llevan el sable.

Miles de jóvenes instruidos, obreros y burgueses, se estremecen bajo un yugo aborrecido. Para romperlo, ¿consideran tomar la espada? ¡No! La pluma, siempre la pluma, nada más que la pluma. ¿Porqué no una y otra, como es el deber de todo republicano? En tiempos de tiranía, escribir está bien, pero combatir es mejor cuando, esclava, la pluma permanece impotente. ¡Y bien, nada! Se hace un periódico, se va a la cárcel, y nadie piensa en abrir un libro de maniobras, para aprender allí, en veinticuatro horas, el oficio que proporciona toda la fuerza de nuestros opresores y que pondría al alcance de la mano nuestra revancha y su castigo.

Es el estúpido hábito de nuestro tiempo de lamentarse en lugar de reaccionar. La moda es de los jeremías. Jeremías posa en todas las actitudes. Llora, flagela, dogmatiza, regentea, despotrica, calamidad entre todas las calamidades. Dejemos estos hinchidos de la elegía, sepultureros de la libertad. El deber de un revolucionario es siempre la lucha, la lucha hasta la extinción.

¿Faltan cuadros para formar un ejército? ¡Y bien!, es necesario improvisar sobre el terreno, incluso durante la acción. El pueblo de París proporcionará los elementos, viejos soldados, ex-guardias nacionales. Su escasez obligará a reducir al mínimo la cifra de los oficiales y sub-oficiales; no importa, el celo, el ardor y la inteligencia de los voluntarios compensarán ese déficit.

Lo esencial es organizarse, al precio que sea. ¡Basta de esas sublevaciones tumultuosas con diez mil cabezas aisladas, cada una por su lado y según su fantasía! Basta de esas barricadas a tontas y a locas, que desperdician tiempo, obstruyen calles y entreabren la circulación necesaria tanto a un partido como al otro. El republicano debe tener tanta libertad de movimiento como las tropas. ¡Nada de carreras inútiles, de confusión, ni de clamores! Los minutos y los pasos que se dan son igualmente preciosos. Sobre todo, no encerrarse en el propio barrio, como los insurgentes lo han hecho siempre para su propio mal. Esa manía, después de haber sido causa de la derrota, ha facilitado las proscripciones. Es imprescindible abandonarla bajo pena de nuevas catástrofes.

Traducción de Diego Tatián